

CONVERSACION TERCERA.



Fel. **T**ratémos ahora de los otros fundamentos de la verdad de la religion cristiana.

Vic. El otro fundamento es el de los milagros de Jesucristo y de sus apostoles. Pero como estos hechos prodigiosos constan especialmente por los libros del nuevo Testamento, para evitar el argumento que me puedes hacer sobre la autenticidad y verdad de estos libros, quiero establecerla antes que tratémos de los milagros. Cuando digo que los libros del nuevo Testamento son auténticos, quiero decir, que son realmente de los autores á quienes se atribuyen, y que no están fraguados en los tiempos posteriores á la existencia de los autores que se nombran en ellos. Para esto bastaban las razones que te alegué á favor de la autenticidad de los escritos de los Profetas; pero aun quiero estenderme un poco mas: subámos desde nuestro tiempo por la sucesion de diez y ocho siglos has-

ta el principio del cristianismo, y verémos, que la iglesia católica ha admitido en todas las épocas y en todos los lugares estos libros como obras de los autores que en ellos se espresan.

Fel. Yo convengo de buena fe, en que desde el siglo cuarto hasta nuestros dias se han reconocido estos libros como obras de los apóstoles y de los evangelistas; pero ¿cómo probarás que desde el siglo cuarto, retrocediéndohasta el principio de la iglesia, sucedió lo mismo?

Vic. Tú convienes en lo mismo que han convenido y convienen hasta los mismos incrédulos modernos enemigos de la religion: pues oye ahora como desde el siglo cuarto, retrocediéndohasta el principio del cristianismo, estos libros han sido admitidos como escritos de los apóstoles y de los evangelistas. Orígenes, al principio del siglo tercero, nombra los cuatro evangelios: los cuales, dice, son venerados por toda la iglesia que está bajo del cielo. Tertuliano, cita algunos años antes las cartas auténticas que el apóstol S. Pablo habia escrito á las iglesias de Roma, de Corinto, de Filipos, de Efeso, y de Tesalónica. Acusa al here-

sarca Marcion de haber falsificado el evangelio de S. Lucas; y para convencerle presenta los ejemplares recibidos en todas las iglesias apostólicas, y reconocidos por auténticos por el mismo Marcion, antes que empezase á enseñar sus errores. Casi á mediados del siglo segundo, S. Justino, en un escrito presentado al emperador Antonino, habla de la costumbre observada desde el principio entre los cristianos, de leer en sus juntas religiosas los escritos de los profetas y de los apóstoles.

En las cartas que nos han quedado de S. Policarpo obispo de Smirna, martirizado en el año 166, en las de S. Ignacio obispo de Antioquía, que padeció martirio en 114, y en las del papa S. Clemente, que gobernaba la iglesia romana en el año de 70, y habia vivido mucho tiempo con S. Pedro apóstol, se hallan muchos lugares de los evangelios, y de las epístolas del nuevo Testamento, citados como pertenecientes á la sagrada escritura; y finalmente, Papias, discípulo del apóstol S. Juan, hacia mencion de los evangelios de S. Mateo y de S. Marcos. Heracleon, Ptolomeo, y Valentino, los Ebionitas, los Marcionis-

tas, y los Gnósticos hereges, todos de los tiempos inmediatos á los de los apóstoles, admitian como auténticos los libros del nuevo Testamento; de modo que puedo decir con S. Irineo obispo de Leon en el siglo segundo: que es tal la certidumbre de nuestra creencia tocante al evangelio, que la confirman hasta los hereges, pues cada uno de ellos, separándose de la iglesia, busca en ella la prueba de su doctrina.

Los gentiles de los primeros siglos de la iglesia reconocian como obras de los apóstoles los libros que hoy corren con sus nombres: como se puede ver en los diversos pedazos que nos han quedado de los escritos de Celso, de Porfirio, de Hierocles, y del emperador Juliano el Apóstata, todos paganos; y en fin, hasta los mismos judios enemigos acérrimos del cristianismo, no han negado la autenticidad de estos libros.

Te he hablado de la autenticidad de los libros del nuevo Testamento. Paso ahora á manifestarte su autoridad, esto es, que sus autores son dignos de crédito en todo cuanto dijeron en sus escritos. Estos son de dos clases: unos dogmáticos, que tratan de la doctrina de Jesucristo; y los otros

históricos, que refieren los hechos de Jesucristo, y de los mismos apóstoles. De la verdad de unos y otros, te convencerás por estas razones. La primera es, la sencillez y naturalidad del estilo que nada tiene de estudiado, ni de afectado, ni de ostentacion, como lo es el de los filósofos que en sus escritos procuraron que brillase la mas pomposa elocuencia, con que parece que mas bien querian agradar y adquirirse el aplauso, que convencer é instruir á sus discípulos. La segunda es, la uniformidad de la doctrina. Cada uno de estos autores, ya respecto de sí mismo, y ya respecto de los demas, está conforme en su doctrina á unos mismos principios. Es una misma la doctrina de todos los apóstoles y de los evangelistas, aun habiendo escrito y enseñado separados unos de otros por enormes distancias, y repartidos por todo el universo. Esta conducta no se observa en los filósofos, pues no solamente entre sí se halla una notable oposicion; pero aun algunos de ellos se contradicen á sí mismos en diversas obras, como te manifestaré con mas estencion en otro lugar. La tercera es, la santidad de la doctrina.

Toda su moral, todas sus máximas se dirijen á inspirar á los hombres el amor á Dios, y el amor á sus semejantes, para ser felices en el tiempo y en la eternidad. De modo que cualquiera hombre por poco advertido que sea, conocerá, que esta doctrina no respira mas que virtud y santidad, y que hace imponderables ventajas á la moral de los filósofos de todos los tiempos. La cuarta es, la conformidad de las costumbres de los apóstoles con la doctrina que enseñaban. Su conducta era enteramente irreprochable: su desinterés era sumo. No se les observó ni ambicion para ocupar puestos elevados, ni codicia para atesorar riquezas. Les hubiera sido fácil uno y otro, por el grande ascendiente que tuvieron en la voluntad de millares de personas de todas clases y condiciones, que se constituyeron sus discípulos amantes y obedientes. Todo su empeño y sus conatos fueron dirigidos á que los hombres todos conocieran y amáran al verdadero Dios, y se amáran unos á otros. La quinta es, su sabiduría admirable. ¡Qué sublimidad de pensamientos! ¡qué conexión en la ideas! ¡qué energía, qué fuego en las espresiones! y

¡qué dignidad para hablar de las grandezas de un Dios! De suerte, que el hombre menos reflexivo conoce, que por la boca y por la pluma de los discípulos de Jesús habla el espíritu de Dios. La sexta es, su fortaleza y su constancia. Ellos caminan á provincias muy remotas, y atraviesan dilatadas regiones para predicar el evangelio á toda criatura; y ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni las inclemencias de los tiempos, ni las molestias de los caminos, ni los peligros de los mares, ni las persecuciones, ni las cárceles, ni los suplicios, son bastantes á obligarlos á que prescindan de su empresa; y ántes bien, ellos, cuando son condenados á muerte, salen de los tribunales de los jueces llenos de gozo y de alegría, porque van á padecer por el nombre de su Maestro: y subiendo con semblante sereno á los patíbulos, hacen de ellos cátedras para predicar de nuevo el evangelio, con las palabras y con el ejemplo, pues mueren pidiendo á Dios el perdón y la conversion de sus mismos verdugos. Te he hecho una pintura breve é imperfecta del carácter de los discípulos de Jesucristo, para que te convenzas

del derecho que tienen á ser creídos en la doctrina que enseñan, y en los hechos que refieren. La crítica mas refinada y escrupulosa, no exige en un historiador un conjunto de circunstancias mas recomendables: de manera, que será un insensato enemigo de la razon, el que dando crédito á otros historiadores, niegue ó dude de la verdad de los hechos referidos por los historiadores sagrados. Decia un hombre célebre: yo creo sin dificultad las historias cuyos testigos se dejan degollar por comprobarlas.

Fel. Los apóstoles no son testigos fidedignos, porque ellos estaban interesados en la gloria y honor de su Maestro: y porque alentados con la falsa esperanza de grandes premios era muy fácil que llevasen adelante las ideas de él, persuadiendo á los hombres que era el Mesías prometido por Dios.

Vic. Para esto era sido necesario que los apóstoles hubieran sido los mayores insensatos del universo: porque si Jesucristo no era el verdadero Mesías, en el tiempo de su vida podia con sagacidad y con ardidés engañar á sus discípulos, persuadiéndoles que él era el Mesías: y podia con falsos premios temporales y eternos, alentar-

los á que hiciesen creer esta fábula á los demás hombres; pero cuando ellos vieron que su Maestro habia sido perseguido por las autoridades públicas, y aun por los doctores de la ley y por los sacerdotes, y que habia exhalado el último suspiro en un suplicio, ¿no tenían en esto un motivo muy poderoso para desengañarse de su credulidad, y de la malicia de su Maestro? En este caso ¿qué empeño podian tener en buscar la gloria y el honor de un impostor y de un embustero, que los habia engañado, y habia dejado espuestos á ser el blanco del odio y de las persecuciones de toda su nacion? Y ¿qué premios podian esperar de un hombre que ya no existía, y con cuyo cadáver se habia intentado sepultar su crédito y su memoria? Solo podian esperar una clase de muerte semejante á la de este hombre que no habria sido su Maestro, sino un engañador astuto, y su mayor enemigo que les habia ocasionado un fin tan trágico.

Pero cuando vemos á estos hombres tan irrepreensibles en su conducta, tan desinteresados, y que en los mismos suplicios aseguran que Jesucristo es el verdadero Me-

sías, tienen derecho para que se les crea, pues se conoce evidentemente que ellos hablan el idioma de la verdad. En fin, entre tantos historiadores á quienes se ha dado crédito en todas materias y aun en sucesos increíbles, dame uno que sea comparable con los apóstoles y evangelistas.

Entrémos ya en la prueba de los milagros. Explicaré lo que es milagro: manifestaré su posibilidad, su verdad, y las consecuencias que se deben sacar de él. Lo primero: milagro es un hecho admirable, y que escede todas las fuerzas de la naturaleza. Dios desde el principio del mundo estableció ciertas reglas para que constantemente se gobernara la naturaleza: por ejemplo, que todo cuerpo que está en alguna altura faltándole el impedimento que lo detiene venga á su centro; que los astros en tiempo determinado corran un espacio, sin que puedan retroceder en su carrera: y estas son las que los filósofos llaman leyes de la naturaleza: así para que un hecho sea milagroso, no basta que sea raro y extraordinario; sino que sea contra alguna de las leyes constantes y uniformes de la naturaleza; como es el retroceso del sol

en su curso, y la resurreccion de algun muerto.

Lo segundo: es una verdad ciertísima, que Dios es el criador, conservador, y gobernador del universo: que es libre en sus operaciones: y que así como estableció este y estas leyes, pudo y puede muy bien establecer otras, como que tiene un poder infinito para hacer cuanto quisiere, y que todas sus obras son dirigidas por su suma sabiduría. Pues asentados estos principios innegables, es claro que los milagros son posibles, porque Dios los puede hacer en uso de su soberanía absoluta é independiente, ya para el ejercicio de su justicia en el castigo del perverso y en la proteccion del inocente: ya para mostrar su bondad en beneficio del necesitado, ya para usar de misericordia en la conversion del pecador, y ya en fin, para intimar á los hombres sus determinaciones en los casos que fueren de su divino agrado. Aun el mismo Rousseau, uno de los mayores incrédulos, confiesa ésta verdad por estas palabras: „Dios puede hacer milagros, esto es, puede derogar las leyes que ha establecido: tratár esta cuestion seriamente, sería una blasfemia, si no fuese un absurdo, y al que la resolviese

negativamente se le honraría demasiado castigándole, debiendo encerrársele como un loco. (1)

Fel. Las leyes de la naturaleza son eternas é inmutables, y así Dios no puede derogarlas, y por consiguiente, no puede hacer milagros.

Vic. Este es un error muy grosero de Voltaire y de la mayor parte de los incrédulos, que viene á parar en negar la existencia de la divinidad; pero todo hombre que no la niega, debe confesar: que Dios es autor y árbitro de la naturaleza, y que por lo mismo puede derogar sus leyes cuando convenga á los fines altos de su providencia.

Fel. Pero siendo Dios inmutable no puede mudar nada de lo que ha establecido.

Vic. El mudar Dios aquellas cosas que determinó no mudar jamás, se opondría á su inmutabilidad; pero el mudar aquellas cosas que desde la eternidad determinó mudar en tal tiempo y en tales circunstancias, es muy conforme á su inmutabilidad: por-

(1) *Lect. de la Montagne* pág. 94.

que así está en el orden de los decretos de su sabiduría infinita.

Lo tercero, los milagros no son solamente posibles, sino efectivos y verdaderos, porque Dios los ha hecho. Demos principio por los milagros de Jesucristo. Para hacer juicio de la fe que merece la historia de los milagros de Jesucristo, es necesario observar atentamente la naturaleza de ellos, las circunstancias en que sucedieron, el número y carácter de los testigos que los refieren, la impresion que causaron en los espectadores, y finalmente, la opinion que han formado los mismos enemigos del cristianismo.

Lo primero, si atendemos á la naturaleza de los milagros del Salvador, hallaremos, que eran unos hechos extraordinarios, y enteramente sobrenaturales. Su nacimiento fué celebrado por los ángeles con cánticos celestiales: una estrella resplandeciente condujo á unos sábios desde el oriente hasta la cuna de Jesus: se le ve caminar sobre las aguas, y que al imperio de su voz obedecen las tempestades: con algunos panes y muy pocos peces, sacía millares de personas: ahuyenta á los demo-

nios de las personas de que se habian apoderado: da vista á los ciegos: cura repentinamente á los leprosos: hace andar á los paralíticos: y con una sola palabra resuscita á los muertos. Cuando en la cruz exhala el último suspiro, el sol se oscurece: la tierra tiembla: se rasga el velo del templo: salen los muertos de los sepulcros, ya resucitados: y hasta en su muerte se manifiesta Señor del universo.

Estos milagros eran de suma importancia. No los hizo Jesucristo para divertir al pueblo, ni para recibir alguna paga de interes temporal, sino para establecer un culto que habia de suceder al de la ley de Moyses, y para fundar una religion en todo el mundo sobre las ruinas de la idolatría. Por consiguiente, estos milagros llamarían forzosamente la atención de todos, como que se dirigian á echar por tierra las sinagogas de los judios, y los templos de los gentiles.

Jesucristo obró sus prodigios, no como los engañadores en lugares ocultos y llenos de tinieblas, sino en el templo, en las calles, en las plazas y otros lugares públicos de la Palestina, especialmente de Jeru-

salén, y al mismo tiempo que se juntaba toda la nacion é innumerables estrangeros á celebrar las fiestas solemnes. No curaba á los enfermos despacio y con medios naturales, sino repentinamente, y con sola su palabra; y estos mismos enfermos antes y despues de su sanidad, eran conocidos de todos por su nombre, por su oficio, y por el lugar de su residencia. Todos corrian á ver á Lázaro resucitado; tanto, que los gefes de la Sinagoga intentaron quitarle la vida, porque su resurreccion era causa de que muchos judios creyesen en Jesus.

Lo segundo, las circunstancias en que Jesucristo hizo los milagros, alejan toda sospecha de que hayan sido falsos y engañosos. Ademas de haber sido públicos, los hizo á presencia de los sacerdotes, de los escribas, de los fariseos, y de los saduceos. Estos eran los hombres mas ilustrados de la nacion, y eran los mayores enemigos de Jesucristo, porque les reprendia valerosamente sus vicios y sus errores; porque habian decaido mucho de la estimacion del pueblo, que seguia gustosamente á Jesus; y porque temian que si era reconocido por el Mesías, cesaria el culto establecido, y

se variaria el orden de las cosas á que ellos debian su fortuna y su consideracion. Pues si los milagros de Jesucristo hubieran sido falsos, estos hombres que tenian en su mano la autoridad y la fuerza, ¿por qué no hicieron informaciones judiciales para descubrir la falsedad, y convencer á Jesus de un impostor y falsario? Á esto los obligaba su oficio, su conciencia, su interes, su envidia, y el odio inveterado que tenian á Jesus. Estas diligencias jurídicas hubieran servido para que todos lo hubiesen abandonado, y para que ellos justificasen la muerte ignominiosa que le hicieron sufrir en un suplicio. Pues ¿qué pudo haber contenido á los jueces para no haber hecho estas informaciones judiciales tan obvias y tan necesarias? Solo el convencimiento de la verdad de los milagros de Jesucristo, y el temor de no darles un nuevo motivo de crédito y de estimacion.

Fel. Consta por el mismo evangelio, segun S. Juan cap. 9, que los gefes de la Sinagoga hicieron una informacion judicial sobre el hecho de haber dado Jesucristo la vista á un ciego de nacimiento.

Vic. Así fué en efecto; pero esta dili-

gencia los llenó de rubor y de confusion, porque del mismo proceso quedó manifiesta la verdad del prodigio, y así se contentaron con decir, que Jesus era infractor de la ley, porque hizo esta curacion en sábado que era dia festivo.

Fel. Los principales judios no confesaron los milagros de Jesucristo: esto prueba que no los reconocian por verdaderos.

Vic. El no confesar la verdad de un hecho no prueba su falsedad, porque no todos se declaran siempre por la verdad; y mas cuando tienen fines particulares para disimular sus sentimientos. Pero aun quando los principales de los judios hubieran negado positivamente los milagros de Jesucristo, nada probaría su negacion, porque creyendo ellos que de la exaltacion de Jesus seguiría su propio abatimiento, el apego á los intereses temporales los obligaría á que hiciesen traicion á su conciencia, y faltásen á sus deberes. Esto ha sido siempre muy corriente en el mundo; pero respondiendo directamente, digo: que ellos no se atrevieron á negar la realidad de los prodigios, pues unas veces se contentaban con calumniar á Jesus diciendo, que con

estos hechos profanaba la santificacion de los sábados, y otras veces atribuyéndolos al poder del demonio; con lo que sin querer venian á confesar la verdad de los milagros. Diré mas, que cuando los gefes de la Sinagoga se congregaron para juzgar de la sanidad del ciego de nacimiento, muchos de ellos confesaron el milagro diciendo: si este hombre fuera malo, no haría estos prodigios.

Lo tercero, veamos ahora el número y la calidad de los testigos de los milagros del evangelio. Estos son ocho autores contemporáneos, que ó espresamente refieren estos hechos, ó claramente los dan por supuestos. De estos ocho, Mateo, Juan, Pedro, Santiago, y Judas Tadeo eran del número de los apóstoles, y testigos oculares que acompañaron á Jesucristo en toda su predicacion. Los evangelistas Lucas y Marcos, es probable que fueran del número de los setenta y dos discípulos de Jesucristo; y el segundo, segun creyeron los Padres antiguos, escribió su evangelio por orden de S. Pedro, y en cierto modo dictándole el santo apóstol. Finalmente, Pablo aunque no acompañó á Jesucristo,